
SABAL

María Ucher Tena

Ellos me atan por las noches para que no moleste. Lo peor es cuando vienen invitados. No me permiten acercarme y me encierran en una habitación oscura. A veces pienso que es mejor cuando me dejan solo durante horas, al menos todo está en silencio. Y no hay golpes en la cabeza, ni gritos, ni siquiera ellos. Cuando era más pequeño me dejaban unos periódicos en el suelo. Pero ahora no, ahora ya soy mayor, ahora espero a que me abran la puerta y puedo salir afuera, hacer allí afuera mis necesidades. Y odio los días lluviosos, ya que a pesar de tener una casa sencilla, ellos no me dejan entrar hasta que estoy totalmente seco. No ocurre con mucha frecuencia y suele ser un alivio contra el calor, pero la lluvia, en nuestra ciudad, cae durante días.

No elijo la comida, tampoco la hora en que ellos me la dan. Eso sí, casi nunca me falta agua para beber. En alguna celebración, mientras engullen entonando cánticos del *aarti*, recojo alguna migaja que ha caído al suelo, pero debo ser rápido, porque si me ven, me azotan y me castigan. Los días que están de humor, que no son muchos, me llevan a dar largos paseos. Creen que así me hacen feliz y que olvido todo lo demás, pero no me permiten correr ni jugar libremente, ni siquiera me dejan que me acerque a los que son como yo.

Y hace algún tiempo creí que era normal y que todos los otros vivían igual, incluso peor. Pero desde que los oigo corretear y reír por las calles de Ahmedabad pienso que ellos no me tratan como deberían. Pero no me quejo, podría ser peor, podría quedarme en la calle y morir de hambre. Ellos me atan por las noches para que no moleste. Lo peor es cuando vienen invitados. No me permiten acercarme y me encierran en una habitación oscura. Allí las agujas me hacen daño. Coso balones de fútbol, así me enseñaron. A veces, algunas muñecas. Me llamo Sabal. Tengo cinco años. Soy un niño.